

posible para un corazón en que se acaba de derramar toda la amargura reservada a los desgraciados?

Rafael había acariciado la esperanza de salvar, dentro de breves instantes, a la mujer que amaba, y aquella esperanza la vió alejarse, al perder de vista las torres de la ciudad en que gemía cautivo el ángel de su amor. El desventurado joven volvió a pensar en que dejaba en poder de un malvado el ser más puro de la tierra, y tembló en llegar tarde para salvarle. ¿No podía Willey valerse de un medio infame para manchar su honor? Rafael se vió sorprendido por esta idea, y tembló. ¿Volvería a tiempo para salvar a su amada?

El desventurado volvió a exhalar otro suspiro, y caminó en silencio, entregado al más profundo dolor. No sabía el desgraciado el medio infame que había despuesto Willey para triunfar de la virtud de la más pura de las jóvenes. No sabía que en los mismos instantes en que él se veía precisado a alejarse para ir a combatir en defensa de la patria, el doctor tenía preparada una lujosa estancia para la desventurada Luz, adornada con vistosas sillas y butacas de construcción diabólica, que la privarían de toda defensa. No sabía nada de esto, ni tampoco sabía que al siguiente día, Willey había dispuesto ponerse en camino para Veracruz con Duval, donde se embarcarían para Europa, dejando a Luz entregada a la vergüenza y a la desesperación. No; nada de esto sabía Rafael, porque a haberlo imaginado siquiera, hubiera abandonado en el instante sus filas, y hubiera corrido a salvar a su amada, aun cuando le hubieran fusilado luego por desertor.

Pero el valiente joven estaba muy lejos de saber el peligro inminente en que se hallaba el honor de su idolatrada Luz, y persuadido de que él podía tardar muchos días, quiso esperar a que se efectuase, para que no se pudiese atribuir su ausencia a cobardía, y volar después a salvar a su amada.

Y esto sucedía siempre. Mientras los hombres de hidalgos sentimientos se constituyen en esclavos de su deber y se sacrifican en aras del honor, los malvados, poniendo en juego todos los ardides, aprovechan los instantes y las ocasiones para alcanzar sus inicuos fines. Y esto acaecía con Rafael y Willey. El primero, por cumplir con el deber de defender la patria, aplazaba para otro día el asunto más importante para su corazón. El segundo, sordo a la voz de la conciencia, aprovechaba aquellos momentos en disponer todo lo necesario para triunfar de la virtud de

Luz. Rafael marchaba al encuentro de los enemigos de la independencia de su país. Willey, acompañado de Duval, salía, como hemos visto, de la «jamaica», y se dirigía a la prisión en que gemía su inocente víctima, para alcanzar, por la astucia, lo que no consiguió por el rigor ni por las amenazas.

¡Pobre Luz!

### CAPITULO XXIII

#### Un nuevo lazo

La hermosa Luz se encontraba sola y triste en su prisión. Desde la noche fatal que la arrancaron del lado de sus padres y de su amante, la infeliz no había vuelto a respirar el aire puro de los campos ni de los paseos. Encerrada en el estrecho cuarto a donde el doctor la había conducido para triunfar de su virtud, su rostro había perdido el sonrosado color que lo animaba, y sus ojos, la brillante luz de su dulcísima mirada. Era una flor privada de los rayos vivificantes del sol y de las brisas primaverales. Temerosa a todas horas de ser víctima del hombre que había jurado su deshonor, la desventurada no tenía ni un instante de reposo. La mayor parte de las horas del día las pasaba en fervorosa súplica al Eterno, y las noches, casi en continua vela, despertando sobresaltada al más ligero ruido que escuchaba. Era una vida de inquietud y de sobresaltos, que destruían su salud y marchitaban su hermosura.

Sin tener noticia alguna de las personas que más amaba sobre la tierra, sin respirar otro aire que el escaso que penetraba por la estrecha ventana a la que la vimos asomada un día, y que ahora está cerrada con doble reja para que no pueda ser vista desde la calle, su existencia era un continuo martirio, al cual la muerte era preferible.

Dios, sus padres y el tierno amante que adoraba con todas sus potencias, eran los seres que ocupaban su imaginación.

Rafael había sido el primer hombre que había hecho latir su corazón de amor, y aquel sentimiento era tan profundo, tan intenso, que no podía separarse de ella, como

no puede separarse de la olorosa flor, el regalado aroma que la enriquece.

La memoria de aquel sér que le hizo presentir en este mundo las dichas de la gloria, le arrancaba a todas horas amorosas lágrimas, que habían dejado en sus mejillas la triste huella de su paso.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamaba en el instante en que nos halla nuestra historia—. ¿Hasta cuándo habrás dispuesto que duren mis penas? ¡Muy criminal debo ser, cuando tú, tan misericordioso, has descargado tu rigor sobre esta infeliz mujer! ¡Sí; muy criminal debo ser! ¡Pero yo te ruego, Padre amantísimo, por la restauradora sangre derramada en el salvador madero por tu Divino Hijo, y por el precioso llanto de su Santísima Madre, que te dignes poner término a mis padecimientos..., que aplaques la fuerza de tu justicia, y que me arranques del poder del hombre que atenta a mi virtud!

Y el rostro de la joven se vió bañado, de repente por el fuego de la fe y de la esperanza.

—¡Ah!, no: tú no me abandonarás —continuó como inspirada por un presentimiento celestial—. El que vela por la vida de la humilde hormiga que se arrastra bajo nuestros pies, no permitirá que mancillen la honra de una pobre criatura, pecadora sí, pero que le ama con todas las veras de su corazón cristiano. ¡Ah! sí: yo espero que mis renglones, aquellos renglones escritos con singular trabajo, sobre el pañuelo blanco que arrojé por esa ventana, habrán caído en manos de una persona religiosa y compasiva, que habrá cumplido con la súplica que en ellos le hacía. ¿Por qué tarda, pues, mi inolvidable Rafael, en venir a salvarme? ¡Me habrá olvidado acaso! ¿Estará ausente de México, ocupado en la campaña contra los norteamericanos, como el infernal doctor me ha asegurado? ¡Lo primero es imposible! ¡Los hombres virtuosos como Rafael, sólo aman una vez, y para siempre! ¿Habrá muerto, pues, víctima de una bala enemiga, en el sangriento campo de la Angostura?

Y Luz se puso pálida con aquel pensamiento que heló la sangre de sus venas. Un frío mortal se extendió por todos sus miembros, que la hizo estremecer y que se comunicó hasta la raíz de su cabello. El ruido de la puerta que en aquel instante se abría, aumentó su terror. Preocupada como estaba su imaginación por la espantosa idea que le había asaltado, se sobrecogió de espanto al ver penetrar por ella al doctor acompañado de Duval. La joven

se lavtó cadavérica del sitio en que oraba, y sin ser dueña para sobreponerse al miedo que la dominaba, se puso de un salto en el extremo de la alcoba, mirando con ojos desencajados, y temblando como una cervatilla, al hombre cuya sola presencia le causaba horror.

Wiley, tomando un tono dulce, y dando a su fisonomía toda la amabilidad de que era susceptible, le dijo sin moverse del sitio en que estaba, procurando de aquella manera inspirarle alguna confianza:

—No se alarme usted con nuestra visita, encantadora Luz, porque a ella no vengo como otras veces, impulsado por el amor frenético que me avasallaba y martirizaba a usted, sino con el ardiente anhelo de que se digne perdonar mis extravíos pasados antes de dejarla a usted en libertad para que vuelva al lado de sus queridos padres.

Luz escuchó con placer estas últimas palabras; pero recelando que envolviesen un lazo para perderla, continuó en el mismo sitio sin moverse y sin despegar los labios.

El doctor conoció lo que pasaba en el corazón de su víctima, y añadió, dando a su acento toda la expresión de candorosa ingenuidad que juzgó conveniente, y dejando abierta la puerta para inspirarle confianza:

—Los hombres todos tenemos errores de que después nos avergonzamos y arrepentimos. Incurriendo en uno de ellos ofendí a usted: conociendo mi falta, traté de repararla. Mañana parto para Europa, y no contando con el cariño de usted para que me siga, he resuelto que vuelva usted al seno de su familia.

La joven continuó retirada y con el mismo recelo.

—Veo que duda usted de la sinceridad de mis palabras —continuó el doctor—. Pero usted sabe muy bien que soy demasiado franco. Cuando anhelé su posesión, le abrí mi alma sin ocultar ninguno de sus afectos. ¿Por qué no había de usar ahora de igual franqueza? Si me condujese a este sitio el bastardo deseo que hasta aquí, en vez de dejar abierta la puerta y de permanecer a la distancia que he quedado, el amigo que me acompaña y yo la sujetáramos a usted sin que nadie pudiera salvarla. Pero, repito, que mi objeto no es, por fortuna, ya el que hasta hoy me ha tenido sin razón y sin reposo, sino el ver cómo combinamos la manera de que vuelva usted al seno de su familia, sin que yo pasase jamás ante ella por criminal y mal amigo.

La joven se calmó algún tanto con aquella advertencia. Pensó que sí, en efecto, el doctor hubiera tratado de ven-

cerla, de nada le hubiera servido retirarse unos cuantos pasos, que aquellos hombres los hubieran salvado de un salto. La vista de la puerta, que permanecía abierta, argüía en pro de este pensamiento; y renaciendo en su alma poco a poco la tranquilidad perdida, su fe religiosa atribuyó a la oración que acababa de elevar al Eterno, aquel paso practicado por el doctor. Sin embargo, aunque más serena y animada, no se atrevía a moverse del sitio en que se había colocado.

—Le suplico a usted —agregó Willey—, que se acerque, hermosa Luz, porque a la distancia en que nos hallamos, no sería prudente tratar el asunto delicado que nos ocupa. Nada tiene usted que temer: mi resolución de partir mañana, está tomada, y sólo deseo que, en vez de pasar a los ojos de su familia de usted por infame criminal, pueda presentarme, al despedirme, como salvador y libertador de la hermosa joven cuya desaparición lloran.

Luz, conociendo que la distancia a que se encontraban, no disminuía ni aumentaba el peligro, se resolvió a acercarse, calculando que la mejor manera de obligar a obrar bien, era manifestar confianza a la misma persona a quien se teme.

—Creo en la sinceridad de las palabras de usted, señor Willey; y por lo mismo me acerco —dijo Luz llegando modestamente a donde ellos estaban—. ¿Qué gloria le resultaría a usted de engañar a una débil mujer faltando a su promesa?

—Un remordimiento más que me guardaré muy bien de no echar sobre los muchos que, por desgracia, pesan sobre mi conciencia—exclamó el doctor cada vez más respetuoso y atento.

—¡Ah, señor Willey! ¡Si viese usted con qué placer le escucho! Ahora conozco que las acciones de los hombres, más que su hermosura, conquistan nuestro aprecio. Sí; porque ahora, al verle convertido a usted de perseguidor en amigo, siento suceder al temor y al sobresalto con que le veía, el aprecio y la gratitud.

Duval que, mientras la joven se mantuvo retirada en el fondo del cuarto, no pudo examinar sus facciones, se quedó admirado de su belleza y gallardía.

—Le he dicho a usted, hermosa Luz —dijo Willey—, que mañana salgo para Europa; pero antes quiero reparar, en parte, los pesares que he causado a usted y a su familia, haciendo que vuelva usted al seno de ella y a ser la esperanza del hombre que hasta hoy miré como rival,

y a cuya sincera y franca amistad tan ingratamente correspondí.

—¡Ah!, todos olvidaremos las penas y las amarguras pasadas, para no acordarnos más que de este rasgo de abnegación y de generosidad que lleva la alegría al corazón de una familia que bendecirá a usted constantemente.

—No aspiro a tanto, sino a llevar el convencimiento de que no me aborrece.

—¡Oh, yo le prometo a usted que mi gratitud será eterna!

—Eso me tranquiliza; pero para poderme presentar a ella antes de partir, es preciso que usted permita que yo haga el papel de su libertador y no el de raptor que me pertenece.

—¡Cómo me he de oponer a una cosa que le recomienda a usted y que en nada me ofende!

—¡Ah! ¡Veo que es usted la más generosa de todas las mujeres!

Luz, al notar la afabilidad con que era tratada, y pintados en el rostro de su interlocutor la sinceridad y el arrepentimiento, no dudó de que el cielo, compadecido de sus penas, había escuchado sus súplicas. Alentada con esta idea, fijó la vista en Duval que, en aquel instante, tenía clavados en ella los ojos, con una mezcla de compasión y de interés, que vertió la confianza en el corazón de la joven. Aquel hombre, siempre adusto para todos, parecía haber cambiado de repente de naturaleza, ante aquel ángel que contemplaba como a la visión aérea que visita al joven en sus sueños de amor. Luz creyó notar en su mirada la bondad y el sincero cariño, y se sintió inclinada hacia él.

—Para conseguir el objeto que me he propuesto —añadió el doctor—, he pensado que el señor que está presente, y que es un leal amigo, que también marcha a Europa en mi compañía, se dirija a la casa de usted diciendo a sus queridos padres que la hemos traído a usted a una casa de San Angel, donde la tenían a usted encerrada, y que la hemos conducido a ésta, a donde pueden venir inmediatamente por usted.

—¡Ah!, sí—exclamó henchida de júbilo la joven deponiendo ya todo temor, y mirando cada vez con más confianza y cariño a Duval, que la contemplaba conmovido y en silencio.

—Pues no perdamos tiempo —dijo Willey disponiéndose a salir—. Iremos los dos a comunicar la fausta nueva a su familia, en tanto que usted se serena de su sorpresa.

—¡Ah!, gracias, gracias..., señor Willey —exclamó la joven, no quedándole ya duda de que se trataba de salvarla—. La generosa acción que acaba usted de practicar, le dan un lugar distinguido en mi agradecido corazón.

—Pues cuente usted que durará mientras dure mi vida.

—Gracias. Pero en este cuarto, que tiene todo el aspecto de una prisión, no puede usted esperar la llegada de sus padres. Para desvanecer toda sospecha, le he dispuesto a usted otra pieza más decente, a donde suplico a usted se digne pasar, en tanto que nosotros volvemos de desempeñar nuestra comisión, y en compañía de ellos.

Luz, que había adquirido una consoladora confianza con la presencia de Duval, que veía además el respeto del doctor, y que, por último, pensó que si intentaran algo contra su honra, lejos de sacarla de aquel sitio el más retirado, la retendrían en él, no titubeó en obsequiar el deseo de Willey. Al penetrar en la nueva habitación, el corazón de la joven se sintió bañado de mayor confianza y seguridad. Los elegantes muebles que en la pieza había, su higiénica ventilación, los ricos sillones y sofás que la adornaban, todo argüía en favor de las palabras del doctor.

—Adiós, hermosa Luz —dijo éste—; dejamos a usted un momento. Si en tanto que dura nuestra ausencia se le ofreciese a usted algo, abierta queda la puerta de esta pieza para que pueda usted llamar a los criados, si no quiere usted hacer uso de la campanilla.

Esta noticia llenó de confianza y de regocijo a la joven. ¿Podía dudar ya de la sinceridad de las palabras de aquel hombre que se alejaba dejándola en libertad de salir de la estancia, cuya puerta quedaba abierta?

—¡Ah, señor Willey! —exclamó henchida de reconocimiento—. ¡Nunca olvidaré la dicha que me proporciona usted en este instante! Corra usted, corra usted por Dios a anunciar sin tardanza a mis afligidos padres la fausta noticia que les devolverá la felicidad; y usted, hombre generoso que le acompaña —añadió dirigiéndose a Duval—, usted que va a partir para Europa en su compañía; usted, en cuyo rostro he leído desde el instante que se presentó, el interés y la compasión, sentimientos que me han inspirado una confianza ciega y una gratitud profunda, usted reciba como una prueba de mi reconocimiento este medallón que llevo al cuello, y que dondequiera que esté le recordará mi gratitud intensa.

Y la joven se quitó un medallón que había conservado siempre como una alhaja de inestimable precio, y se lo

entregó a Duval, que lo recibió conmovido. Era la primera vez en su vida que la compasión había penetrado en su alma. La virtud y la belleza de aquella joven le habían causado una impresión desconocida y respetuosa.

—Lo conservaré, señorita —dijo con acento tierno y temblando de emoción—, como una joya que me haga amable la virtud y aborrecible el vicio.

Y triste, y como a pesar suyo, se alejó de allí, acompañado del doctor, enviando una mirada afectuosa y compasiva a aquella joven, a quien dejaba en manos de un malvado. Luz correspondió a aquella mirada, con otra de gratitud; y al verse sola en la pieza, cayó de rodillas, dando gracias al Eterno por la próxima dicha que esperaba alcanzar.

## CAPITULO XXIV

### Asechanzas a la virtud

Al verse fuera de la pieza aquellos dos hombres que parecían el azote de la humanidad, se quedaron mirándose el uno al otro.

—¿Qué le ha parecido a usted la joven, señor Duval? —preguntó el doctor.

—Un ángel.

—¿Es decir, que merece la pena que haya trabajado tanto tiempo por alcanzar lo que dentro de un momento conseguiré?

—¡Ah!, ¡cuánto más valiera, doctor, que desistiese usted de ese pensamiento!

—¿Desistir? ¿Está usted loco?

—Al contrario: la vista de esa joven me ha hecho recobrar el juicio, y nunca como ahora he conocido la fealdad del paso que intenta usted dar para triunfar de su virtud.

—El diablo predicador.

—No; lo digo como lo siento.

—Veo, señor Duval, que vuelven a usted las ridículas ideas que esta tarde invadieron su corazón.

—No lo puedo negar: la presencia de esa joven, su hermosura, su aire de virtud, de candor y de confianza, todo me hace tomar un vivo interés por ella; y si supiese que mi ruego tendría alguna influencia para con usted, yo le suplicaría a usted que lo que se le anunció para inspirarla confianza, y hacerla caer en el lazo que se le ha